

esto no lo sabrá Emilio mas bien que yo; pero, como tiene mas puro y sano el corazon, lo sentirá mejor todavía, y no harán mas que confirmárselo todas sus observaciones en el trato del mundo. Este modo de formar su gusto vale tanto como el de los libros: no le han de decir mas Horacio y Villegas. Falta saber, vuelvo á repetir, si son estos unos preceptos estériles, ó si se adaptan bien con su índole.

Pasando así el tiempo, sin cesar buscamos á Sofia, y no la encontramos. Convenia que no la halláramos tan presto, y la hemos buscado en parajes donde sabia yo de cierto que no habia de estar.

En fin, el tiempo urge; ya es la ocasion de buscarla de veras, no sea que se forme él una que confunda con ella, y sea muy tarde cuando conozca su error. Adios, capital, pueblo famoso, pueblo de estrépito, de humo y de cieno, donde ni creen las mujeres en el honor, ni los hombres en la virtud. Adios, gran ciudad: el amor, la felicidad, la inocencia es lo que buscamos; nunca estaremos bastante lejos de ti.

## LIBRO QUINTO.

Ya hemos llegado al postrer acto de la juventud; pero no estamos todavía en la catástrofe.

No es bueno que el hombre esté solo. Emilio es hombre, y le hemos prometido una compañera; menester es dársela. Sofia es esta compañera. ¿En qué lugar está su albergue? ¿Dónde la encontraremos? Para encontrarla, preciso es conocerla. Sepamos antes lo que es, y juzgaremos con mas acierto del paraje donde reside; y cuando demos con ella, no estará todo concluido. «Una vez que nuestro caballero mozo, dice Locke, está para casarse, tiempo es de dejarle con su novia.» Y con esto da fin á su obra. Yo, que no tengo la honra de educar á un caballero, me guardaré de imitar en esto á Locke.

### SOFÍA Ó LA MUJER.

Así como es hombre Emilio, Sofia debe ser mujer; quiero decir que ha de tener todo cuanto conviene á la constitucion de su sexo y su especie para ocupar su puesto en el orden físico y moral. Empecemos, por tanto, examinando las diferencias y conformidades de su sexo y el nuestro.

En todo cuanto con el sexo no tiene conexión, la mujer es un hombre: los mismos son sus órganos, las mismas sus necesidades y facultades, la misma construcción es la de la máquina, son las mismas las piezas, la acción de la una, es la de la otra; la configuración es semejante; y bajo cualquier aspecto que los consideremos, solo en mas y en menos entre sí se diferencian.

En todo cuanto con el sexo tiene conexión, siempre se encuentran relaciones entre la mujer y el hombre, y

siempre diferencias; y proviene la dificultad de compararlos de la de determinar, en la constitucion de uno y otro, lo que es propio ó no es propio del sexo. Por la anatomía comparada, y tambien meramente por lo que está de manifiesto, se encuentran diferencias generales entre ellos, que al parecer no están conexas con el sexo; lo están, sin embargo, mas por vínculos que no nos es dado distinguir: no sabemos hasta dónde pueden llegar estos vínculos; lo único que sabemos con certidumbre, es que todo cuanto es comun en ambos, pertenece á la especie, y cuando es diferente es peculiar del sexo. Bajo estos dos puntos de vista, tantas relaciones y oposiciones se encuentran entre ellos, que acaso es un milagro de la naturaleza el haber formado dos seres tan semejantes, constituyéndolos de modo tan diferente.

Estas relaciones y diferencias deben tener influjo en lo moral; consecuencia palpable, conforme á la experiencia, y que pone en claro la vanidad de las disputas acerca de la preeminencia ó igualdad de los sexos: como si encaminándose cada uno de ellos al fin de la naturaleza segun su peculiar destino, no fuera en esto mas perfecto, que si fuese mas parecido al otro. En lo comun que hay en ellos, son iguales; en lo diferente no son comparables. Tan poco se deben parecer en el entendimiento como en el rostro un hombre y una mujer perfectos.

En la union de los sexos, cada uno concurre por igual al objeto comun, pero no de un mismo modo: de esta diversidad nace la primera diferencia notable entre las relaciones morales de uno y otro. El uno debe ser activo y fuerte, débil y pasivo el otro; de precisa necesidad es que el uno quiera y pueda; basta con que el otro se resista poco.

Asentado este principio, se sigue que el destino especial de la mujer es agradar al hombre. Si recíprocamente debe agradarle el hombre á ella, es necesidad menos directa: el mérito del varon consiste en su poder, y solo por ser fuerte agrada. Esta no es la ley del amor, lo confieso; pero es la ley de la naturaleza, mas antigua que el amor mismo.

Si el destino de la mujer es agradar y ser sojuzga-

da, se debe hacer agradable al hombre, en vez de incitarle: en sus atractivos se funda su violencia; por ellos le debe precisar á que encuentre y use su fuerza. El arte mas eficaz de animarla esta, es hacerla necesaria con la resistencia. Juntándose entonces el amor propio con el deseo, triunfa el uno de la victoria que el otro le deja alcanzar: de aqui nacen el acometimiento y la defensa, la osadía de un sexo y el encogimiento del otro, la modestia, en fin, y la vergüenza con que armó la naturaleza al débil para que al fuerte esclavizara.

¿Quién pudo pensar que esta hubiese prescrito las provocaciones mismas al uno que al otro, y que el primero que formara deseos fuera tambien el que primero los manifestase? ¿Qué extraña depravacion de juicio! Si trae la empresa tan distintas consecuencias para ambos sexos, ¿es natural que con la misma osadía la acometan? ¿Quién no ve que mediando tamaña desigualdad en la puesta comun, si el recato no impusiera al uno la moderacion que al otro le impone la naturaleza, en breve resultara la ruina de entrambos y pereciera el linage humano por los mismos medios que para su conservacion fueron establecidos? Con la facilidad que tienen las mujeres para inflamar los sentidos de los hombres, y avivar en lo interior de sus corazones las chispas de un temperamento casi apagado, si hubiese algun malhadado clima en la tierra, donde la filosofia hubiera introducido esta práctica, con especialidad en los países cálidos, donde nacen mas mujeres que hombres, tiranizados estos por aquellas, al cabo fueran sus víctimas, y todos se vieran arrastrados á la muerte, sin poderse nunca defender.

Si no tienen las hembras de los animales el mismo instinto, ¿qué se sigue de eso? ¿Tienen acaso, como las mujeres, los deseos sin tasa á que esta vergüenza sirva de freno? Los deseos de aquellas resultan de la necesidad; satisfecha la necesidad, cesa el deseo; no repelen al macho por fingimiento (1) sino muy de veras: hacen

(1) Yo he notado que las repulsas por melindre y provocativas son comunes en casi todas las hembras, hasta en los animales, y aun cuando mas dispuestas están á rendirse: es necesario no haber nunca observado sus maulerías para no convenir en esto.

todo lo contrario de lo que hacia la hija de Augusto; y cuando lleva su cargamento el navío, no admiten mas pasajeros. Aun cuando están libres, son efimeras y cortas sus épocas de buena voluntad; el instinto las impele, y el instinto las para. ¿Cuál será en las mujeres el suplemento de este instinto negativo, si les quitais el pudor? Aguardar á que ellas no se cuiden de los hombres, es aguardar á que estos no sean buenos para nada.

En todo quiso el Ser supremo honrar la especie humana: si da al hombre desmedidas inclinaciones, le da juntamente la ley que las regula, para que sea libre y mande en sí propio: si le abandona á inmoderadas pasiones, con estas pasiones junta la razon para que las rijas: si abandona á deseos sin raya la mujer, con estos deseos junta el pudor que los contiene; y añade para mas cúmulo una actual recompensa al buen uso de sus facultades, es decir, el gusto que toma á las cosas honestas quien las hace regla de sus acciones. Esto bien me parece que equivalga al instinto de los brutos.

Por tanto, ya participe ó no la mujer los deseos del hombre, y quiera ó no satisfacerlos, siempre le repele y se defiende, mas no siempre con igual fuerza, ni por consiguiente con igual fruto. Para que la victoria quede por el acometido, es preciso que lo permita ó lo mande el acometido; porque ¿cuántos medios no tiene para forzar al agresor á que haga uso de sus fuerzas? El mas libre y el mas suave de todos los actos, no admite violencia real, pues se oponen á ella la naturaleza y la razon: la primera, habiendo dispensado al mas débil la cantidad de fuerza necesaria para resistir cuando se le antoja; la segunda, porque una violencia real no solamente es el acto mas bárbaro, sino tambien el mas diametralmente opuesto al fin, ora porque declare así el hombre la guerra á su compañera, autorizándola á que defienda su persona y su libertad, aunque sea á costa de la vida del agresor; ora porque solo la mujer es juez del estado en que se encuentra, y porque los niños no tendrían padre, si pudiese todo varon usar los derechos de tal.

La tercera consecuencia de la constitucion de los sexos, es que el mas fuerte sea en la apariencia el ár-

bitro, y en la realidad dependa del mas débil; y no así por un frívolo estilo de galanteo, ni por una altiva generosidad de amparador, sino por una invariable ley de la naturaleza, que dando mas facilidad á la mujer para que excite deseos, que al hombre para que los satisfaga, hace á este dependiente, mal de su grado, de la buena voluntad de aquella, y le precisa á que procure recíprocamente serle agradable, para alcanzar de ella que consienta en dejarle que sea el mas fuerte. Entonces lo que mas agrada al hombre en su victoria, es dudar si la flaqueza es la que cede á la fuerza, ó si es la voluntad la que se rinde; y la comun astucia de la mujer es dejar subsistir esta duda entre el hombre y ella. En esto corresponde perfectamente el espíritu de las mujeres á su constitucion; lejos de sonrojarse de su debilidad, hacen gala de ella; afectan que no pueden alzar del suelo ni los mas ligeros pesos, y se avergonzarian de ser fuertes. ¿Por qué así? No solo por parecer delicadas, sino por una precaucion mas astuta; desde muy lejos buscan disculpas y derecho para ser débiles, cuando fuere necesario.

El progreso de las luces adquiridas con nuestros vicios ha variado mucho en este punto entre nosotros las antiguas opiniones, y ya nadie cuenta violencias desde que son tan poco necesarias, y los hombres ya no creen en ellas (1); pero eran muy frecuentes en las remotas antigüedades griegas y judáicas, porque estas opiniones son propias de la sencillez de la naturaleza, y sola la experiencia de lo extragado de las costumbres ha podido desarraigarlas. Si en nuestro tiempo se citan menos actos de violencia, no es porque sean mas templados los hombres, sino porque son menos crédulos, y porque una queja, que antiguamente hubiera persuadido á pueblos simples, no hiciera mas ahora que excitar la risa de los burlones; de suerte que se saca mas con callarse. En el Deuteronomio hay una ley en virtud de la cual la solte-

(1) Puede haber tanta desproporcion en la edad y en la fuerza, que haya una violencia real, mas como aquí trato del estado relativo de los sexos segun el orden de la naturaleza, los considero ambos en la relacion comun que constituye este estado.

ra de quien habian abusado, era castigada con el seductor si se habia cometido el delito dentro del pueblo; pero si se habia cometido en el campo ó en parajes solitarios, solo el hombre era castigado; *porque, dice la ley, la doncella dió gritos, pero no fué oída.* Esta benigna interpretacion enseñaba á las doncellas á que no se dejaran sorprender en parajes frecuentados.

Sensible es el efecto de estas diversas opiniones en las costumbres; el galanteo moderno es consecuencia de ellas. Convencidos los hombres de que sus gustos dependian mas de lo que habian creído de la voluntad del bello sexo, han cautivado esta voluntad por medio de condescendencias que este ha remunerado con usura.

Véase como insensiblemente nos conduce lo físico á lo moral, y como de la tosca union de ambos sexos nacen poco á poco las mas suaves leyes del amor. El imperio no es de las mujeres porque han querido los hombres que lo fuera, sino porque lo quiere así la naturaleza; y era de ellas antes que pareciese que les pertenecia. El mismo Hércules que creyó violentar á las cincuenta hijas de Tespio, se vió precisado á hilar ante Onfale; y el fuerte Sanson no era tan fuerte como Dalila. A las mujeres pertenece este imperio, y no pueden ser privadas de él, aun cuando de él abusan: si pudieran perderle, largo tiempo hace que no le tendrían.

No hay paridad ninguna entre ambos sexos en cuanto á lo que es consecuencia del sexo. El varon solo en ciertos instantes lo es, la hembra es toda su vida hembra, ó á lo menos toda su juventud: todo la llama á su sexo, y para desempeñar bien sus funciones necesita de una constitucion que á él se refiera. Necesita cuidarse durante su preñez; sosiego cuando está parida; una vida muelle y sedentaria para dar de mamar á sus hijos; para educarlos paciencia, blandura, un celo y un cariño que con nada se fatigüe; es el vínculo entre ellos y su padre; ella se los hace amar, y le inspira confianza para que los llame suyos. ¡Cuánta ternura y solitudes necesita para mantener unida toda la familia! Finalmente, nada de esto debe ser en ella virtud, todo ha de ser gusto, sin lo cual en breve se extinguiera el linaje humano.

La estrechez de las obligaciones relativas de ambos sexos ni es ni puede ser la misma, y cuando en esta parte se quejan las mujeres de la desigualdad que han establecido los hombres, no tienen razon; está desigualdad no es institucion humana, ó á lo menos no es hija de la preocupacion, sino de la razon; á aquel de los dos á quien fió la naturaleza el depósito de los hijos, toca responder de ellos al otro. Sin duda que á nadie le es permitido violar su fe, y todo marido infiel que priva á su mujer de la única recompensa de las austeras obligaciones de su sexo, es un inhumano y un injusto: pero hace mas la mujer infiel, pues disuelve la familia, y quebranta todos los vínculos de la naturaleza; dando al hombre hijos que de él no son, es alevé con unos y con otros, junta la perfidia con la infidelidad. Apenas veo desórden y delito que de este no penda. Si hay estado horroroso en el mundo, es el de un padre desventurado que, no teniendo confianza en su mujer, no se atreve á entregarse á los mas dulces afectos de su corazon; que, cuando estrecha á su hijo entre sus brazos, duda si tiene en ellos al hijo ajeno, la prenda de su afrenta, al ladron del caudal de sus verdaderos hijos. ¿Qué otra cosa es entonces la familia, que una compañía de secretos enemigos que arma unos contra otros una culpada mujer, forzándolos á fingir que mutuamente se aman?

No solo importa que sea fiel la mujer, sino que la tenga por tal su marido, sus parientes, todo el mundo; importa que sea modesta, atenta, recatada, y que los estraños, no menos que su conciencia propia, den testimonio de su virtud. En una palabra, si importa que el padre ame á sus hijos, importa que estime á la madre de sus hijos. Estas son las razones que constituyen la apariencia misma como una obligacion de las mujeres, y les hacen la honra y la reputacion no menos indispensable que la castidad. De estos principios, con la diferencia moral de los sexos, proviene un nuevo motivo de obligacion y decoro que prescribe especialmente á las mujeres velar con la mayor escrupulosidad en su conducta, sus modales y su traza. Sostener vagamente que son iguales ambos sexos, y unas mismas sus obligacio-

nes, es abandonarse á declaraciones vanas, sin decir nada mientras á esto no respondan.

¿Es modo sólido de discurrir el responder con excepciones á leyes generales tan bien fundadas? Decís que no siempre las mujeres están en cinta. No; mas su destino peculiar es estarlo. ¡Y qué, porque hay en el universo un centenar de ciudades populosas donde viviendo licenciosamente las mujeres paren poco, pretendéis que el estado de las mujeres es el estar rara vez embarazadas! ¿En qué pararian vuestras ciudades, si las aldeas distantes, donde viven las mujeres con mas sencillez y castidad, no reparasen la esterilidad de las damas? ¿En cuántas provincias se miran como poco fecundas las mujeres que solo han tenido cuatro ó cinco partos (1)! En fin, ¿qué importa que esta ó aquella mujer tenga pocos? ¿Deja por eso de ser el estado de la mujer el de madre? ¿Y no deben afianzar este estado con leyes generales las costumbres y la naturaleza?

Aun cuando hubiera entre las preñeces tan dilatados intervalos como suponen, ¿mudaria por eso una mujer súbita y alternativamente de vivir, sin correr peligro? ¿Será hoy nodriza, y guerrera mañana? ¿Variará de temperamento y gustos, como de colores un camaleón? ¿Pasará de repente de la sombra del encerramiento y tareas domésticas, á las intemperies del aire, á las faenas, á las fatigas, á los peligros de la guerra? ¿Será unas veces medrosa (2), y otras animosa; unas delicada, y otras robusta? Si con tanta dificultad se hacen al ejercicio de las armas los mancebos educados en las grandes capitales ¿las mujeres que nunca han arrojado el sol y que apenas saben andar, se acostumbrarán á él despues de cincuenta años de molicie? ¿Tomarán este duro ejercicio á la edad que le dejan los hombres?

Países hay en que las mujeres paren casi sin dolor,

(1) Sin esto iría necesariamente á menos la especie: para que se conserve esta, es preciso que, compensándolo todo, para cada mujer cuatro hijos con corta diferencia; porque de los niños que nacen se mueren cerca de la mitad antes que puedan tenerlos ellos, y es necesario que queden dos para representar el padre y la madre. Véase si las ciudades dan esa poblacion.

(2) La falta de valor de las mujeres es tambien un instinto de la naturaleza contra el doble peligro que corren durante su preñez.

y crian á sus hijos casi sin afán: lo confieso así; pero en estos mismos países andan en todo tiempo desnudos los hombres de medio cuerpo, luchan á brazo partido con las fieras, llevan una canoa al hombro como unas alforjas, hacen cacerías de setecientas ú ochocientas leguas, duermen al sereno en el suelo, aguantan increíbles fatigas, y pasan muchos dias sin comer. Cuando se robustecen las mujeres todavía se robustecen mas los hombres; cuando se afeminan los hombres, se afeminan mas las mujeres; cuando por igual varían ambos términos, se queda la misma la diferencia.

Platon, en su república, asigna á las mujeres los mismos ejercicios que á los hombres; bien lo creo. Como quitó de su gobierno las familias particulares, no sabiendo qué hacerse con las mujeres, las hizo por precision hombres. Todo lo habia combinado, todo previsto este hermoso ingenio: resolvía de antemano una objecion que nadie acaso hubiera pensado en hacerle; pero ha resuelto mal la que le hacen. No hablo de aquella pretendida comunidad de mujeres, acusacion tan repetida, y que los que se la hacen, prueban que nunca le han leído; hablo si de la mezcla civil que perpétuamente confunde ambos sexos en los mismos empleos, en las mismas tareas, y no puede menos de engendrar los mas intolerables abusos; hablo de aquel trastorno de los mas suaves afectos de la naturaleza, sacrificados á uno artificial que solo por ellos puede subsistir, como si no fuese indispensable un asidero natural para formar vínculos de convencion; como si el amor que tenemos á nuestros parientes no fuera el principio del que debemos al estado; como si no fuera por la patria chica, que es la familia, por donde se une el corazón á la grande; como si no fuera el buen hijo, el buen padre, el buen esposo, los que forman el buen ciudadano.

Una vez demostrado que ni en cuanto al carácter ni al temperamento están ni deben estar constituidos del mismo modo el hombre y la mujer, se infiere que no se les debe dar la misma educacion. Siguiendo las direcciones de la naturaleza, deben obrar acordes, pero no deben hacer las mismas cosas; el fin de sus tareas es comun, mas estas son diferentes, y por consiguiente los

gustos que las dirigen. Habiendo procurado formar al hombre natural, por no dejar la obra imperfecta, veamos también cómo se ha de formar la mujer para que á este hombre convenga.

¿Queréis ir siempre bien guiado? Pues no os apartéis de las indicaciones de la naturaleza. Debe respetarse todo cuanto el sexo caracteriza, como que ella lo ha establecido. Sin cesar decís: «Las mujeres adolecen de este ó aquel defecto que no tenemos nosotros.» Vuestra soberbia os engaña: en vosotros fueran defectos, en ellas son prendas; peor andaría todo si no los tuviesen. Estorbad que degeneren esos pretendidos defectos, pero guardaos de destruirlos.

Por su parte no cesan de clamar las mujeres que las educamos para que sean vanidosas y retrecheras, que sin cesar las divertimos con niñerías para ser los amos con mas facilidad; y se quejan á nosotros de los defectos que les echamos en rostro. ¡Qué desvario! ¿Pues desde cuándo se meten los hombres en la educacion de las niñas? ¿Quién estorba á las madres que las eduquen como se les antoje? No tienen escuelas públicas: ¡qué desdicha! ¡Ah, si no las tuviesen los muchachos se educarian con mas juicio y mas honestidad! ¿Precisan á vuestras hijas á que pierdan el tiempo en boberías? ¿Les hacen que contra su voluntad pasen, á ejemplo vuestro, la mitad de la vida en el tocador? ¿Os estorban que las instruyais, y las hagais instruir como á la fantasía os viniere? ¿Es culpa nuestra si nos agradan cuando son hermosas, si nos vuelven locos sus dengues, si el arte que de vosotras aprenden nos atrae y nos lisongea, si nos complacemos en verlas vestidas con gusto, si les dejamos que afilen á su sabor las armas con que nos juzgan? Eh, resolvéos á educarlas como á hombres, que ellos os lo consentirán de buena voluntad. Cuando mas se les quieran semejar, menos los gobernarán; y entonces sí que serán ellos verdaderamente los amos.

No todas las cualidades comunes de ambos sexos las tienen ambos en igual medida; pero valuadas en la totalidad se compensan. La mujer vale mas como mujer y menos como hombre; en todo aquello en que esfuerza el valor de sus derechos, nos saca ventajas; en todo

aquello en que quiere usurpar los nuestros, se queda inferior á nosotros. Esta verdad general solo se puede rebatir con excepciones; modo constante de argüir de los rendidos apasionados del bello sexo.

Por tanto, cultivar en las mujeres las dotes del hombre, y descuidar las que de ellas son privativas, es afanarse visiblemente en su detrimento. Bien lo saben las pícaras para dejarse engañar; cuando procuran usurpar nuestras ventajas, no abandonan la suya; pero sucede que no pudiendo amalgamar bien unas con otras porque son incompatibles, no llegan con aquellas á donde hubieran alcanzado, y no pueden en estas competir con nosotros, perdiendo así la mitad de su precio. Creedme, juiciosa madre, no hagais á vuestra hija un hombre de bien, como por desmentir la naturaleza; hacedla mujer de bien, y estad cierta que valdrá mas para nosotros y para sí.

¿Se sigue de esto que deba ser educada en la ignorancia de todas las cosas, y ceñida meramente á las funciones caseras? ¿Hará el hombre de su compañera su sirvienta? ¿Se privará para con ella del mayor embeleso de la sociedad? ¿La impedirá que sienta, que conozca cosa ninguna, por mejor esclavizarla? ¿La hará un verdadero autómeta? No, sin duda; no lo ha dicho así la naturaleza, que da á las mujeres tan agradable y delicada inteligencia; por el contrario, quiere que piensen, juzguen, amen, conozcan y cultiven su entendimiento como su figura; que son las armas que les da para suplir la fuerza que les falta, y dirigir la nuestra. Deben aprender muchas cosas, pero solo aquellas que les conviene saber.

Ya considere el destino particular del sexo, ya observe sus inclinaciones, ó cuente sus obligaciones, todo contribuye por igual á indicarme la forma de educacion que le conviene. La mujer y el hombre están formados uno para otro, pero no es igual su reciproca dependencia: los hombres penden de las mujeres por sus deseos; las mujeres penden de los hombres por sus deseos y sus necesidades; mejor subsistiéramos nosotros sin ellas que ellas sin nosotros. Para que tengan lo necesario en su estado, es preciso que se lo demos, que se

lo queramos dar, que las reputemos dignas; penden así de nuestros afectos, del precio que á su mérito ponemos, del caso que hacemos de sus atractivos y sus virtudes. Por la misma ley de la naturaleza, las mujeres, tanto por sí como por sus hijos, están á merced de los hombres; no basta con que sean estimables, es preciso que sean estimadas; no les basta con ser hermosas, es preciso que agraden; no les basta con ser honestas, es preciso que sean tenidas por tales; su honra se cifra no solo en su conducta, sino en su reputacion; y no es posible que la que se aviene á ser reputada infame pueda nunca ser honrada. El hombre, cuando obra bien, solo depende de sí propio, y puede arrostrar el juicio del público; pero la mujer, cuando obra bien, solo tiene hecha la mitad de su tarea, y no menos le importa lo que de ella piensan, que lo que es efectivamente. De aquí se sigue que en esta parte el sistema de su educacion debe ser contrario al nuestro: la opinion es el sepulcro de la virtud para los hombres, para las mujeres es su trono.

De la buena constitucion de las mujeres pende la de los niños; del esmero de las mujeres pende la educacion primera de los hombres; también de las mujeres penden sus costumbres, sus pasiones, sus gustos, sus deleites, su propia felicidad. De suerte que toda la educacion de las mujeres debe ser relativa á los hombres. Agradarles, serles útiles, hacerse amar y honrar de ellos, educarlos cuando niños, cuidarlos cuando mayores, aconsejarlos, consolarlos, hacerles grata y suave la vida; estas son las obligaciones de las mujeres en todos tiempos, y esto lo que desde su niñez se les debe enseñar. Mientras no subamos á este principio, nos desviaremos de la meta; y todos cuantos preceptos les demos, no serán de provecho para su felicidad ni para la nuestra.

Pero aunque quiera y deba querer toda mujer agradar á los hombres, hay mucha diferencia de querer agradar al hombre de mérito, al verdaderamente amable, ó á esos lindos pollos que igualmente los afrentan su sexo y el que imitan. Ni la naturaleza ni la razon pueden incitar en la mujer á que ame en los hombres lo que á ella es parecido, como tampoco debe aspirar á

ser amada de los hombres afectando modos varoniles. De suerte que cuando dejan el estilo modesto y reposado de su sexo, tomando los ademanes de estos atolondrados, lejos de servir su vocacion, renuncian de ella, privándose á sí propias de los derechos que presumen usurpar. Si fuéramos de otro modo, dicen, no gustáramos á los hombres. Mienten. Menester es ser loca para querer á locos; el deseo de atraer esas gentes manifiesta la inclinacion de la que á él se entrega. Si no hubiera hombres insustanciales, se daría ella prisa á formarlos, y este defecto mas bien es obra suya que de ellos mismos. La mujer que gusta de los verdaderos hombres, y quiere agradarles, toma los medios análogos á este objeto. Es la mujer retrechera por su estado; pero muda de forma y objeto su retrechera segun sus miras: regulemos estas por las de la naturaleza, y será educada como conviene que lo sea.

Las niñas, casi desde que nacen, gustan de andar bien vestidas; no contentas con ser lindas, quieren ser tenidas por tales; en sus ademancillos ya se echa de ver que se ocupan en esta sôlicitud; y apenas están en estado de entender lo que les dicen, cuando las gobiernan hablándolas de lo que pensarán de ellas. Muy lejos está de que ejerza en los muchachos igual imperio el propio motivo que con suma imprudencia les proponen. Con tal que sean independientes y se diviertan, poquísimo se curan de lo que de ellos puedan pensar; y solo á fuerza de trabajo y tiempo los sujetan á la misma ley.

Venga de donde viniere á las niñas esta leccion primera, es muy aventajada. Una vez que el cuerpo nace, por decirlo así, antes que el alma, el primer cultivo debe ser el de aquel; este orden es comun de ambos sexos. Pero es distinto el objeto de este cultivo; en el uno es el desarrollo de las fuerzas, en el otro el de las gracias: no porque hayan de ser exclusivas estas cualidades en cada sexo, sino que se ha de invertir el orden; es preciso que tengan las mujeres fuerza suficiente para ejecutar con gracia todo, cuanto hagan; y lo es tambien que tengan los hombres maña bastante para hacer con facilidad lo que hayan de ejecutar.

Por la extremada molicie de las mujeres empieza la

de los hombres. No han de ser las mujeres robustas como ellos; mas si por ellos, para que lo sean tambien los hombres que de ellas nacieren. En esta parte los colegios, donde las pensionistas comen manjares comunes, pero saltan, corren, juegan en jardines á cielo raso, son preferibles á la casa de sus padres, donde una niña comiendo cosas delicadas, y siempre acariciada ó reprendida, siempre sentada en presencia de su madre en un aposento bien cerrado, no se atreve á levantarse, ni andar, ni hablar, ni resollar, y no tiene un instante libre para jugar, brincar, correr, dar gritos, entregarse á la alegría natural de su edad: siempre relajacion peligrosa, ó mal entendida severidad: nunca un justo medio. Así echan á perder el cuerpo y el ánimo de la juventud.

Las doncellas de Esparta se ejercitaban, lo mismo que los mancebos, en juegos militares, no para ir á la guerra, sino para dar un día á luz hijos á propósito para las fatigas bélicas. Esto no lo apruebo: para criar soldados para el Estado, no es necesario que las madres hayan llevado el fusil al hombro, y hecho el ejercicio á la prusiana; pero generalmente me parece que la educacion griega era en esta parte muy discreta. Las virgenes jóvenes se mostraban con frecuencia en público, no mezcladas con los mancebos, sino reunidas unas con otras. Casi no habia fiesta, sacrificio, ni ceremonia, en que no se viesen corrillos de hijas de los principales ciudadanos coronadas de flores, cantando himnos, formando coros de danzas, llevando canastos, vasos, ofrendas, y presentando á los depravados sentidos de los griegos un delicioso espectáculo, capaz de contrapesar el mal efecto de su indecente gimnasia. Cualquiera que fuese la impresion que hiciera esta práctica en los hombres, era excelente en todo caso para dar al sexo una constitucion sana en su juventud, con agradables, moderados y sanos ejercicios, y para formar y acendrar el gusto con el continuo deseo de agradar, sin exponer nunca la pureza de sus costumbres.

Luego que se casaban estas doncellas, ya nunca se dejaban ver en público; siempre encerradas en sus casas, limitaban todas sus solicitudes á los cuidados

caseros y de la familia. Este es el método de vida que al naturaleza y la razon prescriben al sexo. Por eso, de estas madres nacia los varones mas sanos, mas robustos y mas bien formados del universo; y no obstante la mala fama de algunas islas, es probado que entretodos los pueblos del mundo, sin exceptuar los romanos, no es posible citar ninguno donde las mujeres hayan sido á un mismo tiempo mas recatadas y mas amables, y mas hayan reunido la belleza con las buenas costumbres, que en la antigua Grecia.

Sabemos que la soltura de las vestiduras, que no sujetaban el cuerpo, contribuia en gran manera á dejar en ambos sexos aquellas hermosas proporciones que vemos en sus estatuas, y que todavia sirven de modelos al arte, ya que desfigurada la naturaleza ha dejado de presentarlos entre nosotros. Ni una siquiera de todas las trabas góticas é innumerables ligaduras que tienen prensados nuestros miembros, estilaban los griegos: sus mujeres no conocian el uso de esas cotillas con que las nuestras se echan á perder el talle en vez de adelgazarle. No puedo figurarme como este abuso, que con especialidad en Inglaterra ha llegado á un extremo incomprendible, no hace al cabo degenerar la especie; y sostengo que aun la pretendida perfeccion que con él se proponen es de mal gusto. No agrada ver una mujer partida en dos como una avispa; es repugnante á la vista y penoso para la imaginacion. Lo fino del talle tiene, como todo lo demás, sus proporciones y su medida; excedida esta se convierte en defecto, que sería muy notable en una persona desnuda, y que por tanto no puede parecer hermosura en una vestida.

No me atrevo á circunstanciar las razones porque se empeñan las mujeres en revestirse así de una coraza: confieso que un pecho fofo, un vientre abultado, etc., son cosas que desagradan mucho en una persona de veinte años, pero que en una de treinta no se extrañan; y como, mal que nos pese, hemos de ser en todo tiempo lo que plazca á la naturaleza, y no se equivocan los ojos de los hombres, menos desagradan estos defectos en cualquiera edad, que la tonta afectacion de una niña de cuarenta años.



De mal gusto es todo cuanto sujeta y apremia la naturaleza, tanto en los adornos del cuerpo, como en los del ánimo. Primero que todo han de ser la vida, la salud, la razón, el bienestar; no hay gracia sin desahogo; la delicadeza no es endebles, ni la que está enfermiza puede agradar. Lástima causa la que padece; pero el deleite y el deseo buscan robustez y sanidad.

Las criaturas de ambos sexos tienen muchos pasatiempos comunes, y así debe ser: ¿no los tienen también, cuando son mayores? Otros gustos peculiares tienen que las distinguen. Los muchachos anhelan estrépito y bullicio, tambores, peonzas, carricoches; las muchachas gustan más de lo que da en los ojos, y sirve para adorno; espejos, sortijas, trapos, y sobre todo muñecas, que es la diversión peculiar del sexo; aquí tenemos con toda evidencia determinado su gusto á su destino. En el adorno está cifrado lo físico del arte de agradar; y lo físico es todo cuanto de este arte pueden cultivar las criaturas.

Mirad á una chicuela que pasa el día á vueltas con su muñeca, mudándola sin cesar de traje, vistiéndola y desnudándola mil veces, inventando continuamente nuevas combinaciones de atavíos, bien ó mal coordinados, poco importa: aun no hay maña en los dedos, ni está formado el gusto, pero ya se descubre la inclinación: en esta perdurable ocupación, se le va el tiempo sin advertirlo; corren las horas sin que ella lo sepa; se le olvida hasta el comer, que más hambre tiene de adornos que de manjares. Sé que direis: «Atavía su muñeca, no su persona.» Sin duda; ve su muñeca, y no se ve á sí propia, no puede hacer nada para sí, no está formada aun, no tiene talento ni fuerza, no es nada todavía, existe toda entera en su muñeca, y en ella emplea todo su deseo de agradar. No siempre le concretará en esta, que ya vendrá tiempo en que ella misma sea su muñeca.

Aquí tenemos ya una afición primera bien determinada; no hay que hacer más que seguirla y arreglarla. Cierto es, que quisiera con todas veras la chiquilla saber hacer el prendido de su muñeca; su punto de red, su pañuelo, su encaje; para esto la sujetan con tanta dureza á la buena voluntad ajena, que mucho más cómo-

do fuera para ella debérselo todo á su industria propia. Así se halla motivo para las primeras lecciones que la dan; y que no son tareas que se la prescriben, sino favores que se la dispensan. Efectivamente, casi todas las niñas aprenden con repugnancia á leer y escribir; pero aprenden siempre con mucho gusto á llevar la aguja. De antemano se imaginan que han de ser mayores, y piensan con satisfacción que esta habilidad les podrá servir un día para componerse.

Abierta esta primera senda, fácil es seguirla; naturalmente se suceden la costura, el bordado, los encajes. La labor de tapicería no les gusta tanto: distan mucho de ellas los muebles, y no están conexas con la persona, sino con otras opiniones. Esta labor es diversión de casadas; las muchachas solteras no la toman nunca mucha afición.

Con facilidad se harán paso estos progresos voluntarios hasta el dibujo, porque no es indiferente este arte para el de vestirse con gusto; mas no quisiera que las aplicaran á pintar países, y mucho menos, figuras. Follages, frutas, flores, ropajes, todo cuanto puede servir para dar gracia á los adornos, y hacer por sí propias un patron para bordar cuando no le encuentren á su gusto, con esto les basta. Si en general importa á los hombres ceñir sus estudios á conocimientos usuales, todavía más les importa á las mujeres, porque aunque la vida de estas sea menos laboriosa, como es ó debe ser más penosa en sus ocupaciones, y está más interrumpida con tareas diversas, no les permite que se entreguen á ninguna habilidad especial en detrimento de sus obligaciones.

Digan lo que quieran los burlones, la sana razón pertenece igualmente á ambos sexos. Generalmente son las niñas más dóciles que los muchachos, y también debe usarse más la autoridad con ellas, como diré más abajo; pero no se sigue de aquí que haya de exigirse de ellas cosa ninguna cuya utilidad no puedan ver: el arte de las madres consiste en hacérsela palpable en todo cuanto les prescriben; esto es más fácil por ser más precoz la inteligencia de las chicas que la de los niños. Esta regla destierra de su sexo, lo mismo que del nuestro,